

La mirada de Aline

Mónica Lavín

Vueltas en el tiempo. Lo que son las cosas. En 1986 conocí a Aline quien gentilmente presentó mi primer libro de cuentos de la colección Letras Nuevas, junto con los de Rosa Beltrán y Óscar de la Borbolla en la librería del Templo Mayor, frente a un auditorio de familiares, algunos amigos y Josefina Vicens, su querida amiga. Recuerdo esas palabras dulces al oído, que provenían de una escritora (que pertenecía a un mundo de escritores del que yo, bióloga entonces, era absolutamente ajena), que se había tomado la molestia de leernos y de apoyarnos, frente a la batalla que recién emprendíamos. Recuerdo también que a los comentarios de Aline se añadieron los de La Peque, alentadores, sin duda. Hemos acumulado vida, libros, un entrañable viaje y una amistad que aquel lejano año del 86 se esbozó en la lectura atenta y amorosa que hizo Aline de los cuentos primeros.

Recuerdo que en aquella ocasión Aline destacó un cuento breve en donde una lectora descubre una hormiga atrapada entre las hojas de un libro que había sido leído por otros. La hormiga muerta es un mudo testigo de otras emociones y momentos de vida. Con la atención a ese detalle, Aline me estaba mostrando su mirada, esa mirada que sabe escarbar en lo pequeño y silencioso, en lo cotidiano y aparentemente inofensivo para darle voz y dimensión. Esa mirada está en su manera de conversar el mundo, de cuestionarlo e intentar apresarlos en palabras.

Me gusta la naturalidad de la prosa de Aline que ya había cautivado a Salvador Elizondo cuando publicó su novela corta *Círculos* en Punto de Partida en la UNAM en 1977 y que su amiga y contemporánea, Silvia Molina, leyó de un tirón por su sen-

cillez y brevedad y allí descubrió a una escritora naciente. Si las personas no son necesariamente iguales a los autores que han decidido ser, en Aline, la honestidad de su mirada literaria es muy semejante a la tersura directa de su manera de relacionarse con las personas. De las novelas de Aline: *Círculos*, *Sombra ella misma*, *Los colores ocultos* reunidas en una misma publicación en Lecturas Mexicanas; de *Las muertes de Natalia Bauer*, de *La noche de las hormigas* disfruto la intimidad de su perspectiva, esa atención a las tribulaciones de sus personajes, esas revelaciones de los desastres internos, de los gozos, de la rutina, del paso del tiempo. Cuando escucho a Aline mientras comenta, pregunta, se interesa en el mundo de los demás, hace reír (porque su sentido del humor es delicioso) siento la misma sensación que me produce su lectura; asisto a algo que vale la pena. Con Aline, el tiempo (ése que nos cuesta tanto organizar para que quepan en él las personas a cuya vera queremos estar) tiene textura; con Aline se conversa a flor de piel, se abre de tajo el corazón, se ventilan las zozobras. Leyendo a Aline me sucede lo mismo: las reflexiones sobre el amor en pareja, sobre la amistad, los hijos, las distancias y cercanías, los ritos de la vida, el ahogo imperceptible de una muerte en vida, o de la amenaza de muerte real como le sucede a Natalia, el paso del tiempo, la sed de una altura mayor están allí. Las dudas de sus personajes son las nuestras. Y es quizá porque en el centro de todo lo que ha escrito está aquello que nos ata a todos: la inminencia de la muerte y el consuelo del amor. Como ella misma lo expresa en el prólogo que precede a *La muerte de las hormigas* "Siempre nos va a rondar el

conocimiento de nuestro fin, pero también el deseo de perdernos en los lazos del amor para olvidarlo".

La mirada de Aline está impregnada de la distancia del origen, es como si sus ojos contuvieran la luz de los mares fríos de la Suecia que lleva en la sangre, es como si sus trenzas rubias la ataran desde el trópico palpable de verdes jugos a la luz cambiante de las estaciones de otras latitudes. Sus ojos llevan el mar de esturiones bálticos y el de los marlines del Pacífico. Estar hecha de dos latitudes no la corta, sino que le multiplica, como sucede con los ojos de los insectos, las posibilidades de la vista. El ancla de una melancolía heredada, porque sus ojos se abrieron por primera vez a la luz volcánica del altiplano mexicano, persiste en el ansia de sus personajes que siempre habitan dos continentes de la existencia: la superficie de las cosas que suceden todos los días en la vida (las comidas en familia, una cena con la pareja, la reunión con los amigos, cruzar un parque de la ciudad, o de las cosas que ocurren ajenas a nuestra voluntad como un disparo en un parque) y el fondo telúrico de los miedos y los gozos, de los descubrimientos y las búsquedas. Los personajes de Aline no están satisfechos (¿quién lo está?), buscan en los contornos de las cosas, en las luces y las sombras, en la silueta de una estatua, el sentido de la vida. No les basta con ser esposas, psicólogas, madres, parejas de alguien, tejedoras, cirujanos, son algo más que andan buscando y que los perturba. Las suyas son las dudas de la existencia y éstas, todas, nos acompañan.

Aline se toma riesgos cuando escribe, en la vida también lo ha hecho por perseguir un sueño y una voluntad que la

llevó a las aulas de la Universidad, siendo esposa y madre, a escribir habiendo sustituido el deseo del bisturí por el de la tinta. Si *Círculos* es una novela que sucede desde el amanecer al anochecer en la vida de una mujer casada y con niños pequeños, *Las muertes de Natalia Bauer* en cambio disloca los tiempos y los recursos narrativos para narrar distintos momentos en un vértigo que nos lleva del presente de Natalia en Canadá a la obra en un acto de un encuentro amoroso en las cascadas del Niágara donde se trenzan los sucesos trágicos del 2 de octubre del 68 en Tlatelolco. Natalia espera a la muerte en un pueblo universitario canadiense, donde vive con su marido oriundo de ese país. Después de vivir en México, con hijos jóvenes y desprendidos, con un mundo que ha cambiado en sus tolerancias sexuales, en sus códigos cibernéticos y con la inminencia del cáncer que la habita, Natalia recorrerá otras muertes, otras formas de morir (cuando se murió la primera ilusión amorosa, cuando se murió la certeza de la justicia). Natalia y la relación con la nieta por *mail*, con las amigas, con el marido, con el pasado, con la condena próxima es una novela que muestra esos juegos estructurales que recuerdan lo que Elena, protagonista de *Los colores ocultos*, piensa cuando René, su pareja, sale del hospital:

Es que las cosas nunca son fáciles, se van repitiendo tanto. Una y otra vez se intentan nuevas estructuras, pero los sentimientos quedan en esa estructura primera, que acaba por imponerse, que permanece incólume, como la arena del fondo del mar, agitada por las aguas, pero siempre allí, sólo eso, jamás cambiada.

En su relación con la escritura, Aline intenta nuevas estructuras, no se queda quieta. Las esgrime con claridosa fortuna, con intensidad, exprime las superficies buscando esencias, pero los sentimientos primeros, el misterio de esa soledad tan parecida al borde de la muerte, esa búsqueda de luz y amaneceres amorosos, siempre está allá. Pienso en *La noche de las hormigas* donde Aline ha decidido contar la vida del doctor Alfonso Vigil a través de sus

reflexiones mientras se desangra herido de bala, frente a la fuente del parque. Para ello ha escogido dos planos la voz que le habla a Ifigenia en Táuride y la voz que habla desde Alfonso, porque como lo plantea en la tesis para escribir esta novela corta, briosa e intensa: “En el mundo occidental los personajes de la tragedia griega aún reflejan y encarnan nuestras certezas profundas”. A los personajes de Aline dan ganas de sentarlos a la mesa y conversar con ellos, dan ganas también de abrazarlos y que nos cobijen porque sus zozobras son tan nuestras.

Aline siempre ha tenido preguntas, su espíritu es el del científico deseoso de conocer de qué tipos de células y reacciones químicas están hechos nuestros movimientos, el latido del corazón, el retorcer de la boca, la nitidez de la vista, la posibilidad de la inteligencia. Hubiera querido ser doctora pero no tuvo el aliento familiar para hacerlo. El deseo se quedó allí y la escritura lo englobó, porque la escritura lo permite todo. Ya se ha dicho: amar y matar. Pero sobre todo permite explorar lo no dicho, hacer visible lo invisible como señala el escritor inglés Ian McEwan que ha escogido a un neurocirujano como personaje de su novela *Sábado*, de la misma manera que Aline elige al doctor Vigil para *La noche de las hormigas*. Ambos colocan a sus personajes fuera del quirófano, en un trozo de su cotidianidad, la del inglés es la del sábado de deporte y familia, la de Aline la del doctor que camina por un parque. Aline la escribió antes, subrayó la coincidencia porque me parece que una y otra utilizan esa mirada y zozobra del que conoce los impulsos eléctricos de la masa encefálica, la estructura en tres capas del cerebro, sin embargo cuando se está ante la fragilidad de la vida, cuando se es víctima de la conducta humana, entender el miedo y abrazar certezas a nivel fisiológico es insuficiente. ¿Qué es estar ante la muerte fuera del quirófano, donde uno no controla nada, cuando lo que se vive cotidianamente es la batalla entre la vida y la muerte y la responsabilidad de asistir a ella y salir triunfante de la batalla, aunque no siempre se puede?

Aline hace de su propia vida, de sus

varias navegaciones, del material de la memoria personal un asunto literario, un delicioso recorrido entre diarios, cartas, recuentos y fotos que disfrutamos en *Viajes paralelos*. Allí Aline da cuenta de su origen y primer viaje para conocer el paisaje e idioma de su procedencia y de la importancia de personajes como su tío, el escritor José Ferrel, casado con la peque Vicens, y de la propia Vicens entrañable amiga. Aline visita los diversos géneros con desparpajo y la misma retadora curiosidad. Ha escrito poesía y ha escrito ensayo, es una lectora atenta y generosa de las nuevas generaciones, escribe para niños libros que se leen en México y otros países del mundo. Aline no para. Asiste permanentemente al laboratorio de la vida en el papel. Ha empuñado la palabra como el bisturí y lo hace con amorosa delicadeza por hurgar en nuestra sustancia, de qué estamos hechos, cuáles son nuestros miedos, anhelos y sueños y cómo los puede acompañar la palabra y la mirada.

Las mujeres que hoy escribimos debemos mucho a quienes abrieron brecha con su compromiso por la búsqueda literaria, interminable y en zozobra constante. Si en el medio siglo anterior debutaron Rosario Castellanos, Guadalupe Dueñas, Amparo Dávila, la estafeta la tomaron María Luisa Puga, Silvia Molina, Margo Glantz, BeaUiz



Aline Pettersson